



NUM. 5. PRECIO DE LA SUSCRICION.—MADRID: por números sueltos á 2 rs.; tres meses 22 rs.; seis meses 42 rs., un año 80 rs.

MADRID 4 DE FEBRERO DE 1866.

PROVINCIAS.—Tres meses 28 rs.; seis meses 50 rs., un año 96 rs.—CUBA, PUERTO-RICO Y ESTRANJERO, un año 7 pesos.—AMERICA Y ASIA, 10 á 15 pesos. AÑO X.

REVISTA DE LA SEMANA.

No obstante el estado excepcional en que aun se encuentra la corte, la política interior comienza á dar algunas señales de vida. La lectura del proyecto de contestacion al discurso de la corona, ha tenido lugar en el Senado, sin otro incidente notable que el promovido en una cuestion previa á propósito de la mayor ó menor conveniencia de entrar en los debates, consiguientes á la aprobacion del proyecto, hallándose aun en estado de sitio la capital de la monarquía. Resuelto este incidente, se ha dado principio á la discusion, la cual aunque ofrece grande interés, no halla en la prensa ni en los círculos políticos el eco que hubiera encontrado á ser otras las circunstancias. En las Cortes, si bien no han comenzado aun los debates, la lectura del documento en que este cuerpo colegislador contesta al de la corona, ha dado ya lugar á que la opinion pública se fije en la especial actitud de la mayoría. Del seno de esta mayoría salió la comision que ha redactado el párrafo, en el cual se aboga calurosamente por la conservacion del poder temporal del papa, y del seno de esta misma mayoría saldrán los defensores del proyecto de enmienda de ese párrafo, en que sus impugnadores creen que se ha ido mucho mas allá del pensamiento del gobierno. A distraer la atencion de este incidente, que se presta en efecto, á comentarios de muy diversa índole, ha venido por último la presentacion en la alta cámara de dos proyectos de leyes importantes.

Uno de ellos se dirige á modificar la actual ley de imprenta en sentido restrictivo: el otro tiende á introducir algunas novedades en la de asociacion y reuniones públicas. Como anunciábamos en nuestra última revista, no ha trascurrido mucho tiempo sin que en la política interior se hayan realizado significativas variaciones.

Estos nuevos asuntos que sirven de tema á los diferentes cálculos y apreciaciones del pais no logran, sin embargo, amortiguar el creciente interés que despierta cuanto se relaciona con la cuestion de Chile.

Antes de ahora habíamos hablado de un combate entre un buque de nuestra escuadra con varios otros, procedentes de Chile y el Perú, combate en el cual nuestra marina de guerra habia colocado el pabellon nacional á la altura que le corresponde.

Estas noticias halagüeñas, que aunque estraoficiales llegaron hasta nosotros por tan diferentes conductos, que parecian escluir toda idea de desconfianza en su autenticidad, las confirmó nuevamente una carta recibida en Barcelona, en la cual se refiere el suceso con tantos pormenores, que á nadie quedaba ya sobre el particular la mas remota duda.

No obstante, la llegada del correo del Pacífico y el silencio del diario oficial, han venido á echar por tierra todas las ilusiones que se habian forjado acerca del éxito de nuestras armas en aquellos paises. La reaccion producida en el espíritu público alienta, en cierto modo, á los que complaciéndose en amontonar dificultades en el porvenir, auguran á este asunto un desenlace desastroso para nuestra honra y nuestros intereses. Nada mas lejos de nuestro ánimo que el temor de que esto suceda, pero aunque abrigamos confianza en el valor de nuestros marinos, no dejaremos un instante de unir nuestra voz á la del pais todo, que ansia y pide mas actividad en la resolucion de un asunto que cada dia que se demora puede traernos, y nos trae efectivamente, una nueva complicacion ó un nuevo obstáculo.

Correspondencias de Lóndres, cuyo contenido hemos visto despues confirmado en los centros oficiales, anuncian que se han hecho á la mar algunos buques chilenos armados en corso. Estos buques, tripulados por gentes á quienes guia mas bien que una idea patriótica el cebo de una ganancia segura, la experiencia nos enseña con cuánta facilidad se multiplican ante la perspectiva de una larga guerra. Hoy por hoy las

fuerzas marítimas de que disponemos bastan á proteger nuestras costas y los intereses de nuestras embarcaciones mercantes, pero ¿quién nos asegura que si los accidentes de la lucha hacen necesario el refuerzo de la escuadra del Pacífico, los buques chilenos y peruanos armados en corso no nos crearán serios conflictos?

Fuera de las noticias referentes á esta cuestion, cuyos menores detalles tienen importancia para nosotros, ningunas de las que se reciben del exterior respecto á la política de las otras naciones ofrece nada de notable.

Las exequias del príncipe Othon, cuya temprana muerte ha venido á aumentar los pesares domésticos de Victor Manuel, se han celebrado en Génova con una solemnidad y pompa inusitadas. El príncipe Othon habia nacido en 1846, y aunque su salud fue siempre delicada, mostró en la investigacion de algunos problemas científicos, á cuyo estudio era muy aficionado, condiciones de carácter y talento nada comunes.

En Francia, el emperador Napoleon, dando por un momento tregua á la política, parece que se ocupa activamente en la prosecucion de los gigantescos trabajos preparatorios de la esposicion universal, en la cual trata de tomar parte figurando personalmente entre los espositores. A este fin, con la misma pluma con que escribió la *Historia de César*, tomando plaza entre los literatos, tira líneas, levanta planos y hace croquis para completar su proyecto, que una vez logrado, ha de atraerle las simpatías de la clase obrera. Los trabajos que piensa esponer consisten en modelos de habitaciones que reúnan á un precio estraordinariamente barato, todas las condiciones higiénicas y de comodidad apetecibles. Se dice que para que el público pueda juzgar competentemente los modelos imperiales, van á levantarse en el parque de la esposicion tres ó cuatro de estas casas, propias para obreros de la ciudad las unas y las otras para labradores. Veremos si estos proyectos de que tanto se viene hablando en Francia, como una de las mas eficaces medidas para la solucion de las cuestiones económicas, respecto á la clase obrera, llegan á su madurez ó sucede lo que entre nosotros que siempre se quedan en los limbos de la ilusion y el buen deseo.

Si bien la semana se ha presentado escasa de novedades respecto al exterior, pues aparte de estas noticias y algunas otras de poca importancia, nada encon-

tramos en las correspondencias y periódicos extranjeros á propósito para nuestra revista, la cual debiendo ocuparse en globo de todas las cuestiones, solo toca de ellas los puntos mas salientes, en los círculos científicos, artísticos y literarios de la corte, hemos podido observar algun mas movimiento que el de costumbre.

Las personas encargadas de llevar á cabo la esposicion de los objetos remitidos al gobierno por la comision científica del Pacifico se han reunido bajo la presidencia del director de Instruccion pública á fin de acordar definitivamente las bases del proyecto. Segun unos, la esposicion tendrá lugar en la histórica casa de los Lujanes: al menos esta parece que fue la primitiva idea del gobierno. Otros, sin embargo, opinan por que se realice en el Jardín Botánico, local que juzgan mas á propósito por sus especiales condiciones. En este sitio ó en aquel, celebraríamos que la esposicion no se hiciese esperar mucho, pasando á la categoría de los *mitos* como la célebre hispano-americana, para la cual se hicieron tantos planos en valde y hasta se nombró una comision y se señalaron los terrenos que habian de ocupar los parques y galerías.

La real Academia de Medicina de Madrid ha celebrado la sesion inaugural del nuevo año de 66 con la brillantez que acostumbra. Multitud de personas notables, asi por su posicion como por su talento, han concurrido á este acto científico, importante no solo por las cuestiones que han tratado en sus discursos los que en él tomaron parte, sino por el estímulo que despertó entre los que se dedican al estudio de la ciencia de curar el ver recompensados sus afanes y vigiliias de una manera oficial y solemne.

Asi en la relacion que hizo el señor Nieto y Serrano de los trabajos llevados á cabo por la Academia durante el año último, como en el discurso que leyó el señor Santucho sobre *Las relaciones entre la medicina y los sistemas de filosofía*, el público ha podido apreciar distintamente el vuelo que van tomando en nuestro pais cierto género de estudios, que en éste como en los diversos ramos del saber humano, anuncian una nueva era de adelanto para nuestras escuelas profesionales.

Antes de terminar la sesion, el señor presidente adjudicó los premios á los autores de las Memorias que la Academia ha juzgado dignas de este honor abriendo nuevamente concurso para los años de 1866 y 1867.

Despues de esta solemnidad científica, hemos tenido ocasion de asistir á otra literaria no menos importante. La primera representacion de una obra de Breton de los Herreros, del ilustre decano de la comedia de costumbres española, se ha considerado siempre como un acontecimiento para las letras. *El Abogado de los pobres*, que tal es el título de la nueva joya con que el autor de *La Marcela* ha enriquecido nuestro teatro, merece en efecto ocupar el lugar preferente en que la colocan los críticos al lado de las mejores que ha producido la misma chispeante y fecunda pluma. El pensamiento de la obra es altamente filosófico, mereciendo desde luego nuestro aplauso el fin moral que se propone su autor, combatiendo con todo género de armas la creciente ambicion y el immoderado afán de lucro y de goces que atormenta á la sociedad moderna como una sed febril é insaciable. Esta misma idea la hemos visto mas de una vez desarrollada asi en nuestro teatro como en el extranjero, pero nunca hasta hoy habia aparecido en la escena vestida con un traje tan español y tan característico. Los personajes que intervienen en la fábula no son, como por desgracia suele acontecer en nuestras comedias de ahora, un pálido trasunto de las pasiones, los sentimientos y los intereses de otra sociedad: á todos los hemos visto alguna vez, los conocemos, pasan en el mundo á nuestro lado. Desenvuelto el plan por medio de escenas naturales y perfectamente encadenadas, sin exagerados contrastes, sin efectos de relumbron, ni situaciones falsas, va el espectador hasta el fin de la obra movido de un agradable interés que jamás se debilita. El diálogo suelto, cómico y chispeante, ayudado de esa fácil y maravillosa versificación, que es la dote que mas particularmente distingue á Breton de los Herreros en cuanto escribe, completan las condiciones de esta lindísima comedia que con tan justos y merecidos aplausos recibió la noche de su estreno el público.

Nosotros unimos nuestro mas sincero parabien al de los que una y otra noche llaman al palco escénico á su popular autor, cuyo talento y admirables dotes se creian debilitados por los años y que hoy aparece mas jóven, mas lleno de savia y brío que nunca.

Tambien los apasionados por la música han tenido motivo para felicitarse en la semana pasada. La inauguracion de los conciertos clásicos en los salones del Conservatorio han venido á indemnizar en parte á los que no hallan en el Teatro Real armonías dignas de sus delicados é inteligentes oídos.

A una parte de la sociedad, que solo encuentra en la música pretexto para asistir á un teatro concurrido, mostrarse vestida de trajes elegantes, con los hombros cubiertos de una gasa trasparente y el cabello prendido en una red de perlas, sobre el fondo grana y oro del palco ó para dirigir desde las butacas á un

lado y otro de la sala la batería de sus gemelos, el Real con su lujo deslumbrador y sus localidades llenas por la sociedad mas brillante de la corte, sea bueno ó malo el cuadro de cantantes y las óperas que se representen, siempre ofrecerá un poderoso atractivo. Pero los constantes y verdaderos apasionados de la buena música, de esa música clásica, vedada á los oídos profanos que necesitan un largo y enojoso noviciado filarmónico para comprenderla, abandonan el régio coliseo para darse cita en el salon del Conservatorio, donde las sublimes creaciones de Mozart, de Haidyn, de Madelson y de Handel les hacen olvidar con sus melodías bellísimas, sus sabias combinaciones y sus inspirados giros, el estado de decadencia y abandono en que se halla el teatro de la ópera.

Por la revista y la parte no firmada de este número.

GUSTAVO ADOLFO BECQUER.

RIVERA, VELAZQUEZ Y MURILLO.

I.

Cúpole á nuestro pais el singular honor de ser la primera nacion en cuanto á literatura y poesía dramática, y de compartir el principado de la pintura con la Italia de Leonardo de Vinci, de Rafael y de Miguel Angel.

Los extranjeros, que tanto y tan recio disparatan sobre nuestras cosas, testigo los recientes articulos del *Times* y de la *France*, en que nos suponen ya divididos y hechos astillas, han presentado un setenario de los grandes pintores.

Compónese este setenario de los nombres siguientes: Leonardo de Vinci, Miguel Angel, Caravaggio, Rafael de Urbino, el divino Corregio, Ticiano, Rambrandt, Rubens.

No negaremos á estos príncipes de la pintura el distinguido lugar que ocupan en el cielo pictórico; pero nos parece simplemente que los extranjeros hubiesen estado simple y meramente justos, agregando á este setenario la gran trinidad española de

Rivera ó el Españolito, Velazquez, Murillo.

Pueden parangonarse estos pintores en cuantas bellezas constituyen el mérito de arte tan divino con los mas afamados de Italia y de los Países-Bajos, y entre tanto que fuera de su patria se les dispensan los honores celestes que ellos conquistaron con su inmortal pincel, procuraremos los españoles no dar al olvido sus augustos y venerandos nombres. Yo al menos, pequeño é incapaz como me siento de comprender y aquilatar su mérito, no cesaré de ofrecer á los pies de estos grandes maestros el incienso y la mirra que se les debe, y de recordar los inmortales títulos que adquirieron á la admiracion y al aprecio de las venideras generaciones.

Contar los comienzos y las aventuras y la vida tan varia y dramática de mi paisano el gran Rivera, nacido en la ciudad mas hermosa y en el pais mas feraz del fecundísimo suelo de Valencia, seria larga y prolija tarea, que no se adapta á los límites ceñidos del periodismo.

Discípulo de Rivalta, marchó en alas de su genio á la Roma católica, donde llevó una vida de pintor de calles, donde no pudo sufrir la librea de la domesticidad, aun la mas benévola y elegante, y donde sus inmortales producciones le conquistaron al momento un gran renombre y la estimación de aquella aristocracia civil y eclesiástica, en la cual el genio literario y artístico parece ser como ingénuo y heredado de sus mayores los griegos y los romanos.

En alas de la fama pasó de Roma el Españolito á Nápoles, donde imperaba España; donde el duque de Osuna le concedió su favor y su privanza, donde tuvo una historia desagradable con el Dominiquino, y donde su hija Maria ostentó los prodigios de su belleza y de su talento.

Bastan y sobran estos brochazos para que nuestros lectores puedan formar una idea del carácter del pintor de Játiva.

Ahora diremos algo sobre la escuela de la pintura á que perteneció.

Fue Rivera, como Velazquez y Murillo, uno de los pintores mas originales. Estudió sin duda el antiguo y en la fuerza del claro-oscuro, se inspiró en los grandes cuadros del gran Caravaggio. Pero ¿quién enseñó á Rivera á escoger sus asuntos? ¿Quién á vestirlos de aquella terrible magestad que nos admira, sobrecoje y espanta, en sus San Gerónimos, San Lorenzo, la Magdalena, etc. etc.

Rivera no se inspiró de las bellezas de la naturaleza plástica, que tanto abundaba en su pais y en la Italia. No fué á copiar, no, hermosas vírgenes de Rafael de Urbino, ni los grandilocuentes cuadros de Miguel Angel y del Ticiano; no buscó los grandes y poderosos efectos de la iluminacion de Rambrandt; su genio era antipático á la dulce y simpática suavidad del divino Corregio y del inmortal Guido Reni: no le interesaron riquezas de color ni las formas á su vez tan sencillas, verdaderas y magestuosas del gran personaje político y diplomático, del gran pintor Rubens; ni se enamoró de la dulzura y voluptuosidad de Alberto Durero, á quien

imitó nuestro Juan Nuñez, autor del magnífico y admirable cuadro de la Anunciacion que poseemos; Rivera fue un gran pintor y un gran pintor original.

Rivera, como Shakespeare, buscó y pintó los grandes combates del alma; las grandes pasiones; como Velazquez fue el pintor de la verdad y de la luz, y Murillo de la belleza mística, Rivera fue el pintor del dolor y de las angustias del alma. Rivera es el Shakespeare de la pintura, y sus cuadros, una vez vistos, no se pueden equivocar con ninguno y revelan al pintor. Hay además una fuerza de claro-oscuro dominando siempre las últimas tintas, que dan una fuerza enérgica, casi salvaje, á sus grandes concepciones.

Como el estilo es el hombre, el colorido es el pintor; y en colorido no conocemos mas que cuatro grandes pintores, Rambrandt, Leonardo de Vinci, el Caravaggio y Rivera. Zurbaran viene despues, y es tambien uno de nuestros grandes pintores.

En suma, Rivera no es solo el pintor tal vez mas original del mundo, sino uno de los mas grandes pintores. Los que prefieran la medicina á la cirugía, la pintura de los combates internos del alma á la belleza esterna; los que como Hegel creen que la estética verdadera no puede ser sino sobre el hombre; los que piensen que Shakespeare es un poeta mas grande que Calderon, á pesar de su colosal concepcion literaria, filosófica y dramática. *La vida es sueño*, creo colocarán al Españolito, no solo sobre todos los pintores de nuestro pais, sino sobre todos los pintores de Italia, y digno de parangonarse con los Zeuxis, Apeles y Parrasios.

Tanta y aun mayor originalidad que á Rivera, distingue los cuadros y las concepciones de Velazquez.

Velazquez es el pintor de la verdad y de la luz.

En estos dos grandes atributos de pintar la *verdad y la luz*, no tiene ni es fácil que tenga rival. Protegido y animado por el rey y por todas las damas de su corte, pintó esos cuadros de Felipe IV, de las infantas, de las meninas y demás; que una vez vistos, no se olvidan jamás ni se confunden con otros.

Velazquez, como el Ticiano, fue el pintor aristocrático por excelencia: pero sus aficiones aristocráticas no le impidieron pintar cuadros como el de *Los borrachos*, que es una copia tan fiel y exacta de la naturaleza, que el *amateur* no se cansa de admirar la prodigiosa flexibilidad del genio de Velazquez.

Velazquez es tambien el pintor de lo grave y magestuoso. Sus caballos y el ropaje de sus figuras, hacen recordar los gustos ostentosos de Felipe IV.

Pero en lo que sorprende y cautiva, es en los efectos prodigiosos de la luz. Rambrandt es admirable en la fuerza del colorido y en la iluminacion; pero hay demasiada idealidad en sus cuadros. Velazquez pinta la luz como los hombres, los caballos y el ropaje de sus figuras. Es el gigante de la escuela clásica: pinta la naturaleza como es. Sus admirables toques hacen saltar la verdad del cuadro, como salta el agua de una cascada. Jamás se vió en pintor ni en poeta realizada con una exactitud mas fiel la definicion de las bellas artes, dada por la escuela clásica. Las bellas artes son para ésta la fiel imagen y copia exacta de la bella naturaleza.

La existencia de Velazquez, en medio de una corte corrompida, pero en la cual los vicios y los defectos se cubrian, como en el reinado de Luis XIV, con el gracioso manto del buen tono, de la elegancia y del culto de todo lo bello, no pudo menos de pasar agradable y poéticamente. Velazquez como Rivera, como Murillo, no tuvo verdaderamente discípulos: porque ¿quién copia los rasgos del genio? ¿Quién es capaz de seguir sus vuelos y fulguracion? Pero Velazquez tiene la gran gloria de que no ha tenido predecesor ni sucesor, y al acercarse á sus cuadros el pintor y el *amateur*, pueden decir:

Ese es Velazquez.

No hay mas que un Velazquez.

Bartolomé Murillo es el pintor mas español que tenemos en la hermosa plévida de nuestros pintores.

Murillo no fué á estudiar *el antiguo* á Roma, ni aun quiso aceptar los ofrecimientos de Velazquez para venir á pintar á la corte.

Nacido y criado en el genial suelo de Andalucía, allí se inspiró de la suavidad de su clima, de la hermosura de su vegetacion, y de la incomparable belleza de sus lugares.

Bartolomé de Murillo era de hermosa y elegante figura, y pintó y reflejó lo que habia mas íntimo y profundo en los sentimientos y en la vida social de nuestro pais; el *sentimiento religioso*; pero el sentimiento religioso, no austero, repugnante y feroz, como se habian complacido en pintarle algunos de nuestros artistas de segundo orden, sobre todo en la época de la decadencia política, literaria y estética del largo reinado de Carlos II, sino el sentimiento religioso, suave, ideal, etéreo, querubinesco, que se ve retratado con tan singular belleza en sus Angeles y sobre todo en sus inmortales pinturas de la Virgen.

Juan Nuñez (1525), á quien, aunque poco conocido, podemos considerar como el fundador de la gran escuela sevillana de pintura, como Juan de la Cueva por el mismo tiempo fue el fundador del teatro, habia pintado los Angeles y las Vírgenes, y aun la misteriosa figura del Espíritu Santo con una idealidad su-

blime; pero Murillo le aventajó y escedió, y fue tal su fecundidad en esta especie de cuadros, que su abundancia ha perjudicado un tanto á su incomparable mérito.

Bartolomé Murillo vivió en una época de fe profunda, y de la gran pujanza y riqueza de las órdenes monásticas, que como los cabildos catedrales, fueron mas que los reyes y los grandes los verdaderos protectores de las Bellas artes; pero Murillo supo expresar el misticismo suave, delicado, encantador, el misticismo de Santa Teresa de Jesus, y San Juan de la Cruz, el misticismo de Vicente de Paul y San Francisco de Sales, el misticismo de Fenelon y de madama de Guyon, como no se habia pintado todavía.

Toda la inspiracion de Murillo era bíblica. Su cuadro de las aguas, inmortalizado en nuestros dias por el buril del valenciano Esteve, su *Virgen de la Servilleta*, y su *Anunciacion*, que se conservan y admiran en el museo provincial de Sevilla para eterno honor de esta hermosa ciudad, sentada como una reina sobre las bellas y plácidas márgenes del Guadalquivir, no son cuadros que parecen pintados por la mano del hombre.

Los Angeles debieron hacer dormir á Murillo, arrebatárle su divino pincel, y pintar estas inmortales Concepciones.

Murillo, como todos los hombres de genio, tuvo su progreso en el arte, y los *amateurs* distinguen tres periodos y tres estilos en su vida artística; *el estilo seco, el húmedo y el vaporoso*, tuvo por úncirlos así, su niñez, su juventud y su edad adulta; porque Murillo, tan viejo en años, no lo fue nunca para pintar.

¡Qué belleza en las facciones de sus Vírgenes! ¡Qué delicadeza de tintas! ¡Qué suavidad de toques! ¡Qué idealidad de hermosura!

Rafael fue bastante ideal en sus mujeres, pero es la idealidad física. La idealidad de las vírgenes de Murillo es toda moral, cristiana, mística.

Los cuadros de Murillo no debieron estar mas que en las catedrales y en el Vaticano. La primera y última impresion, que el hombre mas voluptuoso recibe, al contemplar sus *Concepciones*, es *arrodillarse y orar*. No conozco un antídoto mas eficaz contra las pasiones terrenales que la contemplacion de las Vírgenes de Murillo.

Jamás el genio cristiano se reveló á ningun hombre con mayor pureza y encanto que á Murillo,—parece imposible que Murillo haya nacido en el pais de la Inquisicion y de los *Quemaderos*: él es la protesta mas enérgica contra la tendencia fanática é intolerante de nuestro clero y de nuestra plebe. Y si Murillo solo existiera, y no tuviéramos las grandes glorias, que poseemos en las armas y en las letras, Murillo solo era capaz de inmortalizar una gran nacion y de eternizar una época.

FERMIN GONZALO MORON.

ESTUDIOS DE COSTUMBRES ESTRANJERAS

HECHOS BAJO UN PUNTO DE VISTA NACIONAL (I).

LA VIDA MATERIAL EN PARIS.

Uno de los asuntos mas descuidados en nuestra patria, uno de los que revelan mas gráficamente nuestro atraso, es el que sirve de epígrafe á este artículo.

Creemos por lo tanto importante el decir cómo *vive* y cómo *come* el viajero en la nacion vecina, que pasa con razon por ser la mas hospitalaria de Europa.

Puesto que vivimos de imitacion estudiemos los buenos modelos.

I.

LA CASA Y LA MESA.

Esperamos que los que nos han leído hasta aquí lo habrán conocido bien:

Estos artículos son no un guia del viajero, sino un paseo filosófico y un tanto humorístico al través de las costumbres estranjeras, no de todas, pues esto exigiria cien volúmenes y nosotros no podemos consagrarlas mas que algunas páginas sino de aquellas que mas nos interesan.

No cabe en nuestro ánimo el dar una nomenclatura de las tres ó cuatro mil fondas que hay en el recinto de la antigua Lutería, sino apuntar algunas reflexiones y bosquejar la fisonomía de las que pueden presentarse como tipo.

En primera línea hay que colocar esas colosales construcciones de la sociedad inmobiliaria francesa, que llevan por nombre *Grande Hotel* y *Hotel del Louvre*. Como magnificencia, como largueza en los detalles y como confortable, nada puede pedírseles; pero nosotros somos poco inclinados á esos inmensos falansterios donde el individuo se pierde en la masa y donde aunque dorada por las fórmulas vacías de la urbanidad, el viajero siente pesar sobre sí la tiranía del cuartel, del convento, del hospital, la disciplina, en fin, inherente á toda gran aglomeracion de personas.

(1) Véanse los números 41 y 42 del año anterior.

Esta falta de iniciativa é independencia en la vida privada es cosa intolerable, y á nuestro modo de ver, hace enfadosas las otras ventajas de estos grandes establecimientos.

Si á esto se añade que en un conjunto tan considerable el individuo, como hemos dicho arriba, significa poco y que sus reclamaciones no tienen eco en este inmenso guirigay, se comprenderá que hay mucho de oropel en tales casas, cuyo aparato destinado á ofuscar al recién llegado, tiene algo de teatral. El servicio interior no está en relacion con el lujo exterior y deja mucho que desear. Así es que las personas de buen gusto que aprecian la tranquilidad doméstica, y la distincion, agena siempre á la multitud, prefieren los hoteles ingleses de la plaza Vendome, en apariencia mas modestas y en realidad mas agradables, los cuales tienen ese sello práctico y severamente elegante que distingue á las casas británicas.

Otra razon aleja á los viajeros delicados de los dos hoteles principales que nos ocupan y es que estos inmensos campamentos, no tienen en su organizacion, nada de exclusivamente francés y que el ciudadano que se hunde en sus profundidades está, á causa de esto, mas lejos de las costumbres de la nacion que viene á visitar que si se hallase alojado en Calcuta.

Por lo demás, fuerza es confesar que todos los elementos que los adelantos modernos han permitido reunir en semejantes edificios para comodidad de sus huéspedes, se encuentran con toda perfeccion en los hoteles de la sociedad inmobiliaria. Telégrafo, gabinete de lectura universal, en el que si alguna escasez se nota, es relativa á los periódicos españoles, de los que solo se reciben dos ó tres á pesar del crecido número de peninsulares que viven en la casa,—buzon para la correspondencia, divanes para fumar, café, casa de baños simples y medicinales, pedicuro, médico, peluquero, carruajes de alquiler, depósito de tabacos en que se venden por paquetes de á media docena, los de las mas, renombradas masías de la Habana, cambio de monedas, toda clase de oficios de los que sirven para cubrir y asear la persona y hasta un canapé movido por motor Lenoir y destinado á subir entre sus brazos á los viajeros que no se quieren tomar la molestia de subir la escalera, todas estas comodidades y otras muchas se hallan aglomeradas dentro de estos vastos edificios.

Pero tambien debe decirse que estas ventajas no son un privilegio de los grandes hoteles, pues no hay fonda, por ínfima que sea, que no tenga á su alrededor, en un radio de cien pasos, todas las oficinas del *comfort* moderno, diseminadas por do quiera en París.

Hay además de todo lo dicho un restaurant por lista y una mesa redonda, servida en un salon en forma de rotonda, cuya decoracion, tan suntuosa como de mal gusto, parece dispuesta cual una sarcástica injuria hecha al criterio de los forasteros. Sus innumerables molduras doradas, sus columnas churriguerescas embadurnadas de los colores mas chillones, y sus estatuas de estuco, de un modelo vulgar, están destinadas á estasiar á ese género de estranjeros que desembarcan de las Indias, sin nocion alguna del arte, pero dotados de admiracion hácia todo lo que relumbra. La idea es hábil cuando el viajero, poco familiarizado con el lujo, ve tanto oro derramado en las paredes, tanta plata tejida en eslabones y suspendidas sobre los hombros de los ugieres, vestidos de luto como el page de Malborough, siente el vértigo de la disipacion, la fiebre de la vanidad invade sus sentidos, y para no hacer mal papel en medio de aquella magnificencia, y merecer dignamente tantas cortesías humildes en apariencia y en realidad burlonas, como le prodigan una cohorte de lacayos, desase por completo los cordones de su bolsa. Pero el huésped, habituado á estos lazos, se ofende de aquella exhibicion, que le equipara con el salvaje, á quien se le avasalla por medio de lentejuelas y colorines y acaba por sentir sus nervios crisparse á cada genuflexion de los camareros, que con formas esquisitas, se cuidan continuamente de hacerle aumentar el gasto, so pretexto de respeto y de buen tono. Este es un sistema general en todos los establecimientos públicos de París, donde se explota la vanidad, el amor propio, ó la cortedad del viajero aparentando tratarle como á un príncipe, y dándole á entender que seria impropio de su grandeza y de su calidad de hombre, *comme il faut*, el no tirar su dinero por la ventana. Los novicios ó los pretenciosos—y el número de estos últimos es grande en este tiempo de advenedizos—se dejan explotar por este medio con gran contentamiento de los mozos y principales, que se rien para su capote de la cándida arrogancia del parroquiano, y de los espectadores filósofos, que estudian *in animavili* los mezquinos resortes que mueven á los hombres; pero los forasteros de buen sentido principian por amostazarse, si tienen el genio vivo; se sonrien si son de buen natural y vuelven las espaldas ó enseñan los dientes al industrial. Esto basta para hacer entrar las cosas en caja y para ser bien servido y por su justo precio. En París no se explota sino á los débiles ó á los necios; pero para no formar parte de esta categoría, es preciso estar siempre en guardia y mostrar cierta fir-

meza. Un poco de altanería es casi una recomendacion á orillas del Sena.

Cerremos este paréntesis y sigamos nuestra noticia.

La comida que se sirve en las mesas redondas de los hoteles susodichos es profusa; pero su calidad no siempre está en relacion con su cantidad. Cuando el comensal se ha familiarizado un poco con las delicadezas culinarias de París, principia por disminuir su asiduidad á la mesa comun y acaba por desertar de ella. Sus huéspedes ordinarios son los recién llegados, ó los curiosos que vienen á disfrutar, por escepcion, del golpe de vista que ofrecen una sala de formas monumentales, iluminada á *giorno*, en la que se agitan trecientas mandíbulas, pertenecientes á otros tantos individuos de diferentes colores, facciones y vestidos. A menudo se llevan chasco estos observadores, pues hay dias en que apenas se cuentan cuarenta cubiertos ocupados. Entonces el espectáculo es frio, triste, desolador. Los convidados,—por su dinero,—hacen el efecto con su traje oscuro de *soirée*, que se destaca sobre los blancos manteles y el fondo claro de la sala, de otras tantas moscas pateando en una sopera de leche, y el conjunto de la escena evoca el recuerdo de esos cuadros que representan un alto en el desierto.

Tal es la parte censurable de estas posadas monstruosas; ahora conviene, en muestra de imparcialidad, decir cuáles son sus ventajas.

Por de pronto una importante, que evita muchas discusiones, molestias y desagradables prisas, es la notoriedad y fijeza de los precios. El viajero encuentra en cada habitacion un cuadro que marca su cifra de alquiler y el valor de los principales objetos de consumo, así como le impone de otras varias noticias que conviene conocer. De este modo se evita la vaguedad que resulta de lo imprevisto y esos ajustes que son tan repugnantes, que por no hacerlos muchas personas prefieren dejarse desplumar.

Tras de esta garantía pudiéramos citar otras varias, pero seria estendernos demasiado; reasumamos. Estos hoteles corresponden como instalacion á la magnificencia de París, y son un digno albergue de la ciudad cosmopolita. Familiarizados con los huéspedes de todas partes del globo, ofrecen la facilidad de seguir en ellos las costumbres de la vida doméstica de todos los paises. El inglés, el chino, el japonés, el turco, encuentran en estas moradas posibilidad de vivir á su guisa. Que para nosotros, que creemos que los viajes se hacen para experimentar sensaciones nuevas, no sea esto una recomendacion, no impide confesemos que esta circunstancia es un mérito.

Hay tambien que notar, que la distribucion del local permite asimismo ofrecer á los grandes de la tierra, bien sean reyes, príncipes, ó simples Cresos, una instalacion tan espléndida como se puede apetecer, un departamento con entrada y servicio independiente del resto de la fonda. Una serie de grandes salones, afectos á este uso, facilitan tambien las reuniones de corporacion, y como muestra de sus proporciones y de la inteligente disposicion del local, diremos, que sin que nada revelara su vecindad, hemos visto nosotros, en una misma noche, á un magnate oriental hacer los honores á sus compatriotas residentes en París; á el cuerpo médico de la capital, compuesto de centenares de miembros, brindar por los adelantos de la ciencia en un banquete, y á los *sportmen* franceses,—de los que nos hemos ocupado en nuestro anterior artículo,—liquidar á pocos pasos en otro vasto departamento, las apuestas, montantes á algunos millones, relativas á la lucha hípica del *Derby* de Chantilly.

(Se concluirá.)

VALLEJO MIRANDA.

MARINA ESPAÑOLA.

LA FRAGATA TETUAN.

Con motivo de los sucesos de Chile y comprendiéndose que ha llegado la ocasion de recoger el fruto de los grandes gastos hechos con destino á la marina de guerra, nótese un extraordinario y desusado movimiento en nuestros puertos y arsenales, donde se aprestan y disponen los buques que mas inmediatamente serán enviados ó reforzar la escuadra del Pacífico, y los que han de proteger nuestras costas y los intereses de la marina mercante.

Entre estos últimos se encuentra la magnífica fragata *Tetuan*, de la cual ofrecemos hoy el dibujo á nuestros lectores. La *Tetuan*, cuya quilla se puso en el astillero del Ferrol en mayo de 1861, fue botada al agua en 19 de marzo de 1863: trabajándose desde aquella época, aunque con algunas leves interrupciones, en su equipo, arboladura y armamento.

El peso del casco al salir de la grada fué de 2'800 toneladas métricas; tenia de calado entonces 3'033 metros de popa y 3'018 de proa: despues de añadirle el peso de coraza, arboladura, artillería y demás efectos, el calado medio será de 6'826. La fuerza nominal de la máquina es de 1,200 caballos y monta 40 cañones.

Una vez acabada de armar completamente, que no ha de tardarse mucho á juzgar por el ardor con que se han emprendido los trabajos para conseguirlo, la fragata *Tetuan* promete ser por las excelentes condiciones que reúne uno de los mas sólidos y magníficos buques de nuestra renaciente marina de guerra.

REPAROS A UNAS DEMOSTRACIONES

CRÍTICAS.

NÚM. IV.

Párrafo VII del señor Acosta.

(En el mismo número de EL MUSEO que el anterior)

Parte II, cap. IX.

Nota 63, tomo III.

Texto de Cervantes. En fin, el propio día al anochechar descubrieron la gran ciudad del Toboso, con

cuya vista se le alegraron los espíritus á Don Quijote, y se le entristecieron á Sancho porque no sabia la casa de Dulcinea ni en su vida la habia visto, como no la habia visto su señor.

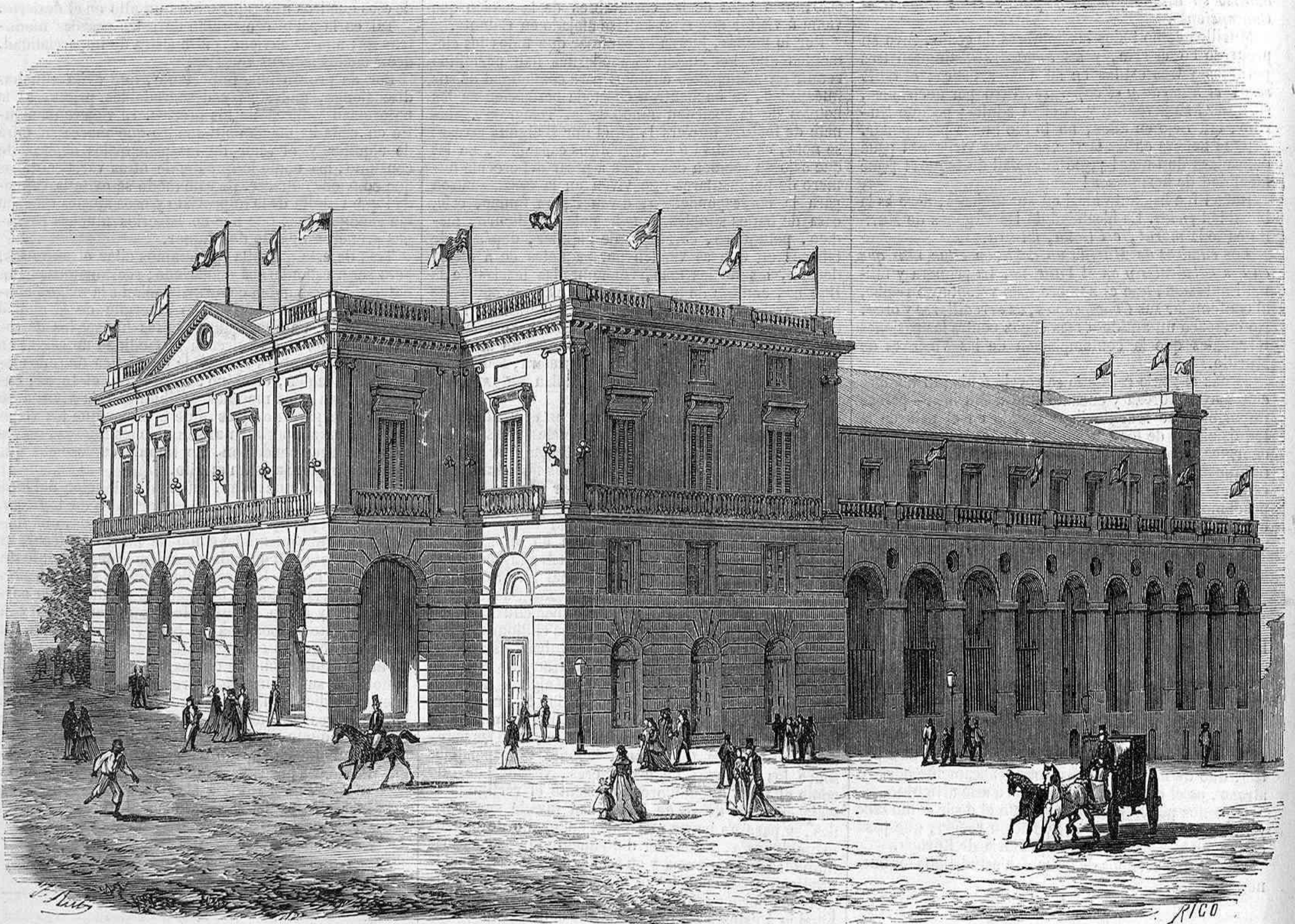
«En lugar de *como no*, escribe el señor Hartzenbusch, *como casi no*; y dice: «El *casi*, que en ninguna edicion se halla, es preciso para que no haya contradiccion absoluta entre lo que se dice aquí de Don Quijote, y lo que él expresó en la parte primera, capítulo XXV, donde se lee: «En doce años que há que la quiero... no la he visto cuatro veces.» Aunque no la viera sino de prisa y de lejos una vez sola, ya no podía sostener que *no* la habia visto.»

«La correccion hecha por el señor Hartzenbusch tiene por fundamento que la oracion *ni en su vida la habia visto* se refiere á Dulcinea,—siendo asi que se refiere á la casa de Dulcinea.—El supuesto es, pues, falso; la correccion que es su consecuencia, no es válida.

«Vamos á analizar, ciñéndonos á lo absolutamente necesario, las dos oraciones «Sancho no sabia la casa de Dulcinea;—ni en su vida la habia visto.»

«El pronombre *la* de la segunda oracion se refiere al nombre *casa* y no al *Dulcinea* de la primera: 1.º como pronombre de tercera persona, que SIEMPRE dice relacion á la mas remota de las que intervienen en la conversacion ó frase; 2.º como término directo del verbo *ver* enlazado mediante la conjuncion negativa *ni*, correlativa de *no*, con el término directo *casa*, del verbo principal de la oracion primera, que es *saber*; 3.º no siendo *Dulcinea* mas que un complemento determinado de *casa*, el pronombre *la* no puede referirse á aquella, si no se expresa claramente con el pronombre demostrativo *ésta*, en cuyo caso se diria: «Sancho no sabia la casa de Dulcinea, ni en su vida habia visto á ésta.»

Si en efecto el pronombre *la* de la oracion *ni la habia visto en su vida* se refiere á *casa*, la variante intro-



VISTA GENERAL DEL TEATRO DE MATANZAS.

ducida por mí está muy mal hecha, porque ni Sancho ni Don Quijote habian visto la casa de Dulcinea: de cir pues «*como casi no la habia visto su señor*,» refiriéndose á la tal casa, era un disparate. No lo sería si el pronombre *la* se refiriese á *Dulcinea*, pues á ésta la habia visto alguna vez Don Quijote, Sancho ninguna.

Examinemos ya las pruebas gramaticales del demostrador.

¿Con que *la*, cuando es acusativo del pronombre *ella*, dice SIEMPRE relacion á la tercera persona mas remota en la frase? Asi debieron enseñar el uso de *él, ella, e lo* al discreto escolar que escribió á su padre: «Yo tengo salud, aunque mi maestro me ha abierto las carnes á puros azotes: deseo saber *lo mismo* de vuesa merced.»

El zurrado alumno referia el pronombre neutro *lo*, acusativo de *ello*, á la oracion en que está la tercera persona *salud*, mas lejana de los verbos *deseo saber* que la otra oracion en que están las terceras personas *carnes* y *azotes*. La observancia de una regla, hermana de la que cita el señor Acosta, produjo un chiste, que tal vez, á no vivir el padre lejos del hijo, hubiera costado una tunda más al pobre estudiante. Algun in-

conveniente ofrece la práctica ciega de estas decisiones tan absolutas.

Y por el contrario, no ofrece ninguno el separarse de ellas en casos como los que siguen.

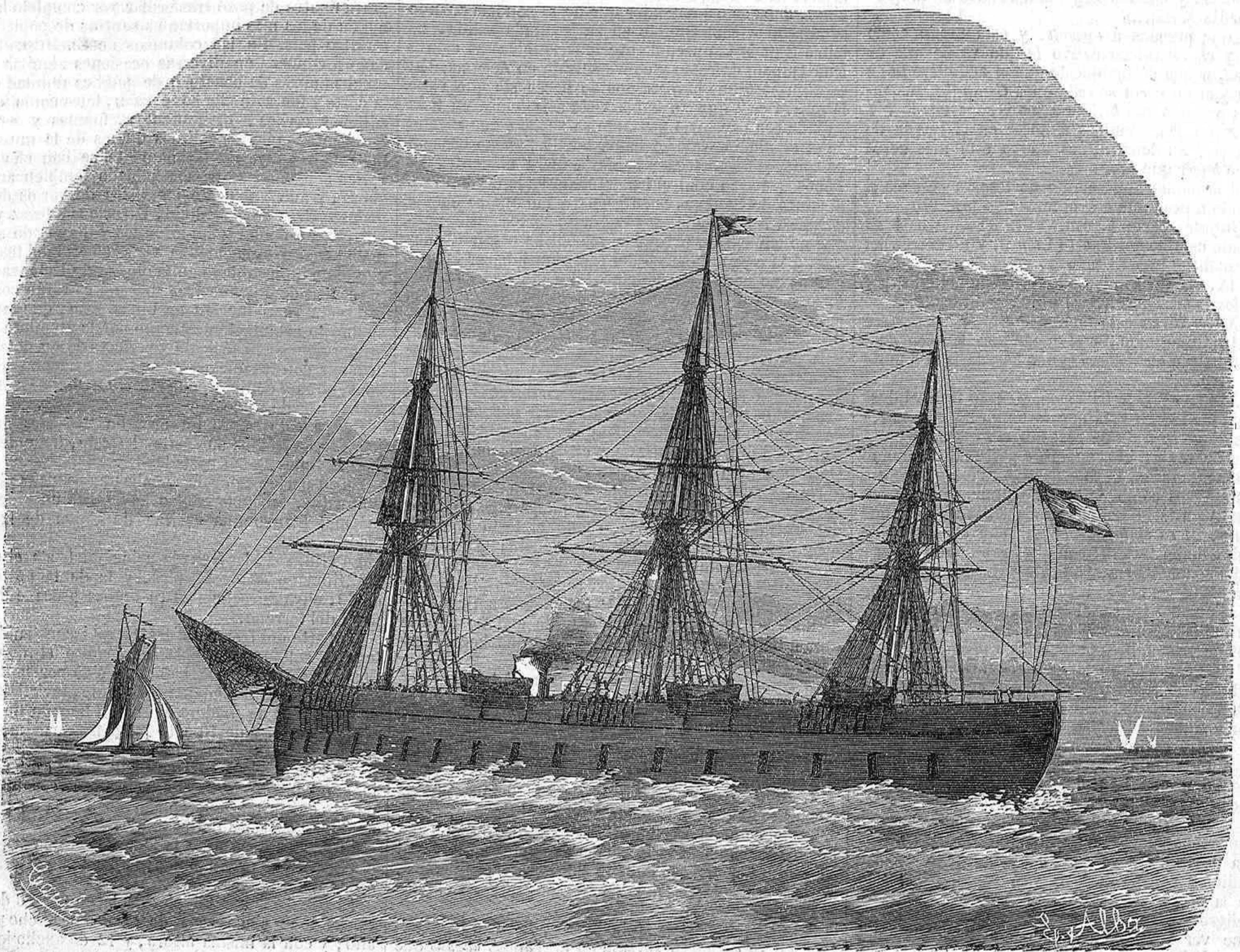
En el capítulo XXXII del Quijote (segunda parte) dice nuestro caballero á los Duques: «Viniendo poco há por el Toboso, jamás pude hallar los palacios de Dulcinea; y... otro día, *habiéndola* visto Sancho en su misma figura, que es la mas bella del orbe, á mí me pareció una labradora tosca y fea, y no nada bien razonada.» El pronombre *la*, que va unido con el gerundio *habiendo*, no puede menos de referirse á *Dulcinea*, único nombre femenino que hay en la cláusula, aunque mas próximo al pronombre que los palacios.

Lo mismo se advierte, y quizá mejor, en esto que se lee poco despues en el mismo capítulo: «Nadie repare en lo que Sancho dijo del cernido y del ahecho de Dulcinea; que pues á mí me *la* mudaron, no es maravilla que á él se *la* cambiasen.» *Dulcinea* es tambien aquí el sustantivo á que se refiere el pronombre *la*, sin que obste el hallarse mas cerca de él que *cernido* y *ahe-*

cho, con los cuales no ha de concordar, por ser masculinos. Luego, cuando van delante del pronombre de tercera persona sustantivos de diferente género ó número, puede por medio de la concordancia referirse el pronombre lo mismo al sustantivo mas inmediato que al mas distante. Ahora, cuando se juntan nombres de un mismo género y un mismo número, entonces...—entonces, á veces, se puede hacer y se hace otro tanto, y está bien hecho.

Variemos en la primera cita dos voces; en vez de *los palacios* pongamos *la casa*, y dirá de esta forma: «Viniendo poco há por el Toboso, jamás pude hallar la casa de Dulcinea, y... otro día, *habiéndola* visto Sancho en su misma figura, que es la mas bella del orbe, á mí me pareció una labradora tosca y fea, y no nada bien razonada.» Claro es que, aun con este cambio, seguirá el pronombre refiriéndose á *Dulcinea*, y no á *la casa*, la cual no pudo parecer á Don Quijote *una labradora*. Pero, sin apelar á cambios, opondremos á la autoridad del crítico unas cuantas mas del señor Miguel.

Novela de *La Española Inglesa*. «De la incompara-



MARINA ESPAÑOLA.—LA FRAGATA «TETUAN.»

ble honestidad de Isabela (que así la llamaban ellos) no se podía esperar otra cosa.»

El pronombre de tercera persona *la* que precede al verbo *llamaban*, ¿se refiere á la tercera persona *honestidad* ó á la tercera persona *Isabela*? Todo el mundo confesará que á *Isabela*, á quien había conservado su robador el nombre español, en vez de aplicarle el de *Elizabeth*, que usan los ingleses. Pues la tercera persona *Isabela* no es la mas remota, sino la mas inmediata al pronombre. La regla que cita el señor Acosta no rige esta vez.

Novela de *La Gitanilla*. «Solo le pesaba que sabiendo ella (la gitana vieja) la calidad de Preciosa, *la* hubiese desposado con un gitano.»

El pronombre *la*, que precede á *hubiese*, ¿dice relación á la tercera persona *calidad*, ó á la tercera per-

sona *Preciosa*? Se refiere indudablemente á *Preciosa*, término directo del verbo *desposar* porque *Preciosa*, y no su *calidad*, era la desposada. Y vea usted: la voz *calidad* está mas distante del pronombre *la* y del verbo *desposar* que *Preciosa*: verbo y pronombre se refieren al sustantivo mas inmediato, y no se hace uso del demostrativo *ésta* para designar á la desposada.

Don Quijote, parte I, capítulo XXIII. «Desbaliando (Sancho) á la baliya de su lencería, *la* puso en el costal de la despensa.» ¿Qué ponía Sancho en el costal? La lencería que sacaba de la baliya, no la baliya; las camisas y los pañuelos de Cardenio, no la maleta, que estaba inservible. Pues *baliya* dista mas que *lencería* del pronombre *la*, y no es esta voz á la que se refiere, y se refiere sin pronombre demostrativo.

Don Quijote, parte I, cap. XXIII. «Se entraron por una parte de Sierramorena, que allí junto estaba, llevando Sancho intención de *atravesarla* toda, é ir á salir al Viso ó á Almodóvar del Campo.»

El pronombre *la*, unido al verbo *atravesar*, ¿se refiere al sustantivo *parte*, que es el mas remoto; ó es el sustantivo *Sierramorena* mas inmediato? A *Sierramorena* indudablemente, que es término directo del verbo citado. Tampoco se hace uso aquí de pronombre demostrativo.

Novela de *La Gitanilla*. «De entre el son del tamborin y fuga del baile, salió un rumor que encarecía la belleza y donaire de la Gitanilla, y corrian los muchachos á *verla* y los hombres á *mirarla*; pero cuando *la* oyeron cantar, allí fue ello... los diputados de la fiesta desde luego *le* señalaron el premio y joya de la

LA CORBATA.—VARIACIONES SOBRE UN MISMO TEMA, POR ORTEGO.



Corbata que suele sustituirse con otra menos cómoda.



Moda que acabaria por encarecer el lienzo.



La última novedad: descote masculino que admite el *fichú* de gasa.

mejor danza; y cuando llegaron á hacerla en la iglesia de Santa María...

El *la* que precede á *oyeron*, y está usado como dativo, y el verdadero dativo *le* que va delante de *señalaron*, ponen de manifiesto que el acusativo *la* de *mirarla* y el de *verla* se refieren á *Gitanilla*, sustantivo mas próximo que *belleza* á los verbos citados. Y ¿qué llegaron las gitanillas á hacer en la iglesia de Santa María? Su *danza*. Pues *danza* está mas cerca del verbo *hacer* que *joya*.

Con el pronombre masculino de tercera persona *él* acontece lo mismo que con el femenino *ella*.

Don Quijote, parte I, cap. VIII. «Tornaron á su comenzado camino del Puerto Lápice, y á las tres del día *le* descubrieron.» El puerto, no el camino.

Cap. IX. «Llegó á mis oídos el título del libro, y *saltándosele* al sedero...» El libro, no el título.

Cap. XII. «Ya en este tiempo era muerto el padre de nuestro Grisóstomo, y *él* quedó heredado en mucha cantidad de hacienda.» Quien heredaría al difunto sería el vivo.

Cap. XXIII. «Y si le hallamos, y acaso fuese el dueño del dinero, claro está que *lo* tengo de restituir.» Claro está que se trata de restituir *el* dinero.

Segun Cervantes, el pronombre personal masculino *él* y su femenino *ella*, cuyo acusativo es *la*, que se usa tambien á veces como dativo, no siempre se refieren al sustantivo mas inmediato en cláusulas como la que se discute, ni es siempre necesario en ellas usar de pronombre demostrativo: con que, repitiendo las palabras del señor Acosta, falso el supuesto, nula es la demostración: las reglas invocadas, por nuestro crítico no se pueden aplicar al *Quijote* como decisivas.

Notará el lector que van arriba trasladados algunos ejemplos de pronombres pospuestos á infinitivos y pegados á ellos como *atravesarla* y *hacerla*. Es porque á las palabras «no sabia (Sancho) la casa de Dulcinea, ni en su vida *la* habia visto, como no *la* habia visto su señor,» siguen estas otras: «de modo que el uno por *verla* y el otro por no *haberla* visto, estaban alborotados.» Aquí tenemos dos verbos en infinitivo con sus enclíticos, los cuales, si dicen relacion al sustantivo *casa*, nos darán la singular noticia de que el desasosiego y la ansia de Don Quijote no eran tanto por ver á Dulcinea, como por ver su casa. Sin embargo, si habia la dama de favorecer á su caballero y echarle su bendición para hacerle capaz, segun decia Don Quijote la noche antes, de vencer en las aventuras mas peligrosas, ver á la dama debería ser mas preciso que ver la casa, de la cual pudiera Dulcinea muy bien haberse ausentado. Y hay que añadir que iba nuestro buen caballero á hablarla por primera vez en su vida.

Volvamos al señor Acosta, que sigue diciendo:

«El objeto que Cervantes se propuso en las dos oraciones que nos ocupan, fue poner bien á la vista la apurada situación de Sancho, si queria dirigirse sin estraño auxilio á la casa de Dulcinea.

Sancho no sabia la casa de Dulcinea «dice en la primera oracion; pero esto aun era poco...»—Verdad es: otra dificultad habia mayor para Sancho; pero no era la que señala el crítico.

«Podia no saberla (la casa), y sin embargo haberla visto alguna vez, lo cual ya podria servirle de algun auxilio para buscarla y dar con ella.»

El mismo Cervantes impugna la opinion del señor Acosta por boca de Sancho, cuando éste dice á Don Quijote: «¿Con qué paciencia podré llevar que quiera vuesa merced que, de sola una vez que ví la casa de nuestra ama, la haya de saber siempre, y hallarla á media noche?»

Pues bien (continúa el señor Acosta), para significar que ni este recurso le quedaba al pobre escudero, añade despues: «ni en su vida la habia visto.» ¡Y ya se ve que no la habia visto! como que fueron inverosímiles mentiras cuanto dijo de su viaje al Toboso en los sabrosos razonamientos que tuvo con Don Quijote, parte I, capítulo XXXI.»

Aquí está la solución de la dificultad, aquí la esplicación de la frase controvertida. El apuro de Sancho no provenia de ignorar dónde vivia la señora Aldonza Lorenzo, alias Dulcinea, sino de haberle mentado él á su amo diciéndole que habia llevado su carta á la tal señora, la cual le habia encargado previniere á Don Quijote que luego se llegase al Toboso, encargo que Don Quijote cumpla en esta su salida tercera. Supongamos que hubiese visto y supiera Sancho Panza, en efecto, la casa de Aldonza: ¿seria menos grave su apuro? No por cierto: no por eso hubiera dirigido á su amo á la casa, temiendo, como era natural, que si Don Quijote conseguia ser oido de Dulcinea, se habia de averiguar el embuste de aquel recado que fingieron en Sierramorena el Cura y el Barbero. Así al otro día, cuando pudo Sancho saber la tal casa yendo al Toboso, no trató de ir ni de preguntar á ningun transeunte. Así Cervantes, cuando escribió que Sancho «no sabia la casa de Dulcinea ni en su vida *la* habia visto,» de ninguna manera quiso decir que no hubiese visto la casa de Dulcinea, sino que no conocia de vista á la hija de Lorenzo Corchuelo. Esto era lo necesario, lo importante, y lo digno de ser ponderado por un buen escritor, que habia de encarecer con lo mas, y no con

lo menos. Decir que Sancho no sabia la casa de Dulcinea, daba solo á entender que no sabiéndola cuando acompañó á Don Quijote en su segunda salida, no habia tratado tampoco de averiguarlo mientras estuvo Don Quijote enfermo y convaleciente en Argamasilla; averiguación que hubiera podido hacer sin que viese la casa. Decir que no habia visto á Dulcinea en toda su vida era necesario para que se supiera que ni aun en el citado intermedio habia tenido Sancho ocasion de conocer á Dulcinea y hablarla fuera ni dentro del Toboso, con lo cual el lector comprende desde luego el apuro de Sancho, y se prepara á lo que se cuenta despues. No saber la casa ya era un compromiso, aunque no sin salida, porque se remediaba con ir al meson, á la casa del cura ó del sacristan y hacer la pregunta; no conocer á Dulcinea era subir el compromiso hasta el punto posible. El pronombre *la*, que precede al pluscuamperfecto *habia visto*, suple al nombre propio *Dulcinea*, y no al sustantivo comun *casa*; y la cláusula que se ha examinado equivale á ésta: «Sancho no sabia la casa de Dulcinea, ni habia visto á Dulcinea en su vida.» Es preciso despues añadir: «como *casi* no la habia visto su señor,» porque, segun ya se indicó, sin éste ú otro temperamento, habria contradicción entre este pasaje y otros de la obra: Don Quijote alguna vez habia visto á su Dulcinea.

No debo dar fin al presente artículo sin hacer al lector una breve advertencia. En las quince últimas líneas del capítulo VIII, II parte, segun el texto generalmente seguido, hay además de la cláusula en que falta el *casi*, tres dificultades.

1.^a Dice: «En estas y otras semejantes pláticas se les pasó aquella noche y el día siguiente sin acontecerles cosa que de contar fuese, de que no poco le pesó á Don Quijote. En fin otro día al anochecer descubrieron la gran ciudad del Toboso.»

El Toboso dista de Argamasilla unas siete leguas; y segun damos impreso el texto, Don Quijote y Sancho tardaron dos días y dos noches en esta jornada. Cervantes, que tan gran conocimiento muestra del pais manchego, no pudo querer escribir lo que todas las ediciones del Don Quijote dan á entender.

2.^a Luego se lee: «No imaginaba Sancho que habia de hacer cuando su dueño le enviase al Toboso.»

Tampoco pudo escribir esto Cervantes. Ni don Quijote habia manifestado intencion de enviar á Sancho al Toboso, ni el enviarle hubiera sido para él gran apuro, sino sacarle del que temia si entraban juntos en el pueblo los dos.

3.^a Concluye el capítulo declarando que á Don Quijote y á su escudero *sucedio* en el Toboso «cosas que á cosas llegan.» No les sucedió nada particular: buscaron y no hallaron la casa de Dulcinea, preguntaron á un hombre, que no les dió razon, y se fueron del pueblo. Cervantes de seguro habria escrito eso de otro modo en su autógrafo: éste en el presente lugar no estaria muy claro, y en la imprenta equivocaron algo en dichas tres cláusulas y se les olvidó el *casi*, ó algun equivalente, por añadidura. ¡En buen trozo fue á reparar el señor Acosta!

Su párrafo 7.^o principia, segun ya hemos visto, imprimiéndose como de Cervantes, estas palabras: «En fin, *el propio* día al anochecer descubrieron la gran ciudad del Toboso...» No le habria parecido al señor Acosta muy mal aquí el texto de Argamasilla, cuando lo copió en lugar del que siguen las demás ediciones, las cuales traen: «En fin, *otro* día al anochecer...» (*La anochecer* imprimió el señor La Cuesta: otra errata en las quince líneas postreras del citado capítulo). Aunque el señor Acosta no ha demostrado nada contra esta variante, me toca decir que está mal hecha porque no es precisa; pues con variar la puntuación de la cláusula, desaparecia la dificultad en que se tropezaba: juzgue el lector: «En estas y otras pláticas se les pasó aquella noche; y el día siguiente (sin acontecerles cosa que de contar fuese, de que no poco le pesó á Don Quijote), en fin, otro día al anochecer, descubrieron la gran ciudad...» Principiando oración con las palabras «y el día siguiente,» separándolas por medio de un punto y una coma de lo que hay antes, corre el texto perfectamente: la noche se les pasó á Don Quijote y Sancho en conversacion, y *al* otro día, *al* día siguiente, llegaron á vista del Toboso: caminarían un par de leguas durante la noche, y unas cinco durante el día; que para un caballero con tan mal rocín como Rocinante, y para un escudero que iba en asno, era suficiente jornada. Véase, pues, cómo tiene sus inconvenientes el respeto excesivo á las ediciones malas ó buenas del *Don Quijote*: por dar fe á la puntuación de las principales, he creído forzosa una enmienda, que de ninguna manera se necesitaba. Véase aquí una de las ilusiones ópticas que he padecido, la cual se ha estendido tambien al señor Acosta.

JUAN EUGENIO HARTZENBUSGH.

EL TEATRO DE MATANZAS.

Aunque avanzando menos rápidamente que otros por el camino de las reformas, es indudable que en el pueblo español se ha despertado ese espíritu de ac-

tividad que, merced á sus continuas innovaciones, logrará dentro de poco trasformar por completo la fisonomía de los mas importantes centros de población de nuestro país. En las columnas de El Museo hemos dado á conocer en diversas ocasiones algunas de las muchas obras de ornato ó de pública utilidad que en la corte y fuera de ella se realizan, tales como iglesias, edificios civiles, monumentos, fuentes y estatuas. Ocupándonos de los coliseos dignos de la musa dramática nacional, que últimamente se han elevado en varias poblaciones, hemos hablado tambien antes de ahora, y aun publicado las vistas de varios de ellos; de los teatros de Valladolid, Barcelona, Jerez y algunos otros no menos importantes y dignos de ser conocidos. Hoy ofrecemos la vista general del teatro recientemente levantado en la ciudad de Matanzas, en la seguridad de que nuestros suscritores verán con gusto la exacta reproducción de un edificio, que tanto por su mérito arquitectónico como por la grandeza de sus proporciones y lo acabado y perfecto de sus detalles, en armonía con los nuevos adelantos y exigencias de la escena, no solo compite con el teatro Real de Madrid sino que le escude y aventaja en algunas cosas.

Ocupa este teatro un área de 216 pies de largo por 130 de ancho: su frente al Oeste, tiene de estension 124 pies, y sus costados 87.

En su parte posterior se halla una pequeña plaza con un jardín, en cuyo centro hay sobre un pedestal de mármol blanco una estatua de Colon de la misma piedra.

La altura de la fachada principal hasta el extremo del tímpano es de 68 pies, y la de la posterior es de 83, cuya diferencia entre ambas procede del desnivel del terreno.

La parte del frente del teatro está construida sobre terreno sólido; y la posterior, sobre el que en un tiempo ocupó la mar; habiendo sido por tanto necesario emplear un pilotaje costoso, invirtiéndose en él 514 palos de madera dura, del tamaño de 18 á 36 pies de largo, y de 16 á 18 pulgadas de diámetro, con gruesas puntas de hierro.

Todo el edificio está construido de cantería desde los fundamentos hasta el extremo de la cornisa alta: los muros del primer cuerpo son de 3 pies de grueso, y de 30 pulgadas las del segundo.

El primer cuerpo de la fachada es una arquería, y el segundo de órden jónico; la fachada posterior es de órden dórico.

El pórtico ocupa 85 pies de largo por 23 de ancho, repartido en cinco arcos, de 14 pies de ancho por 22 de alto; y con la misma altura, y 12 de ancho los dos de los costados para que entren los carruajes con comodidad. Tres puertas dan entrada al primer atrio y otras tres al segundo: dos escaleras anchas conducen al entresuelo y á un magnífico salon principal.

Todos los pisos de los átrios y demás lugares dichos son de mármol: hay varias escaleras para subir á los pisos de los palcos.

El salon principal, en que cabrán mas de mil personas, tiene 80 pies de largo por 39 de ancho, iluminado con gas. Hay otros salones pequeños y varias escaleras para salir á las grandes azoteas. El telar es excelente y la armadura del techo está ejecutada con suma solidez é inteligencia.

Las cualidades acústicas de este teatro son inmejorables; no puede pedirse mas. El patio es de 63 1/2 pies por 52 1/2 de ancho. Lo ocupan, además de la orquesta, 406 hermosos sillones de armadura de hierro, un asiento y espaldar de rejilla; estos asientos son móviles para cerrarse.

Hay cuatro pisos, sostenidos por columnas de madera, por detrás, de órden dórico, y en su frente columnas de hierro de órden jónico. Los tres primeros pisos tienen balcones de hierro y el cuarto de madera. Los dos primeros pisos tienen 41 palcos. Cada palco tiene 7 1/2 pies de frente y caben 6 asientos. El tercer piso contiene galerías para el pueblo, y el cuarto galerías para la gente de color, ó de todo.

El cielo raso está hermosamente pintado al fresco por el ingeniero y arquitecto del mismo edificio, don Daniel Dallaglio, y adornado de dibujos de bastante mérito. La lucerna, construida en París, es hermosa. La embocadura tiene 42 pies de ancho, con pilastras jónicas. El ancho del escenario es de 96 pies, de pared á pared; y desde el salon de boca al fondo, tiene 73 pies, todo libre.

Para el servicio de la escena tiene seis cajas de bastidores, conteniendo 30 cada lado. El movimiento de dichos bastidores se hace sobre carriles de hierro y rodanas de lo mismo.

Contiene el edificio 20 cuartos para los actores, y salones para coristas, para depósito de vestidos, un gran salon para taller de pinturas, otros para sastrería y carpintería; 2 salones para comparsas, otros para almacenes de efectos, y varios cuartos escusados en todo el edificio.

Por la anterior sucinta relacion se puede tener un conocimiento de cuánto mérito será esta obra monumental, principiada el 29 de mayo de 1860, é inaugurada el 6 de abril de 1863.

Costeóse por una sociedad anónima, y ascendieron sus gastos á unos 400,000 duros;—pudiéndose decir

que su conclusion se debe al celo y suma diligencia del entusiasta por las bellas artes, señor don Ambrosio C. Sauto, doctor en farmacia y entendido químico, á quien hay que tributar por ello un justo y merecido elogio.

A. MARTINEZ DEL ROMERO.

BELLAS ARTES, FOTOGRAFIA COLOREADA.

Una conquista en el dominio de los descubrimientos científicos ó artísticos conduce siempre á otra conquista, por la razon que todo se relaciona en las leyes que constituyen para nosotros los secretos de la naturaleza.

Despues del daguerreotipo, primer milagro de la reproducción por medio de la luz, ha venido la fotografía, que es un progreso considerable, sobre el descubrimiento de Daguerre.

Pero la fotografía no es todavía mas que un dibujo. Todos los esfuerzos de los sabios y de los artistas dedicados al adelantamiento de este arte, nacido ayer, y que sin embargo ha alcanzado grande importancia, tienden á conseguir la reproducción de los colores del natural, con sus tonos tan delicados como infinitos.

Muchas veces se ha creído que este difícil problema se habia resuelto; pero cada vez se han presentado nuevos inconvenientes que venían á desbaratar los cálculos fundados sobre una mejoría ilusoria.

Verdad es que varios pintores, iluminando pruebas fotográficas, han podido hacer objetos de arte agradables, pero eso ha sido solo rodear la dificultad, no vencerla.

Cuando se ha querido reemplazar el pincel del artista con un procedimiento mecánico, objeto de incesantes preocupaciones, no se ha obtenido mas que un emplasto de colores crudos, insoportable á la vista y dañoso á la semejanza. Hoy se presenta en la lid, abierta á todos los descubridores, un hombre de talento, un espíritu perseverante, que creeria no haber hecho nada si le quedaba algo por hacer.

Los inventores son gente entusiasta, y no se les debe acriminar de este entusiasmo, porque es la luz viva con la cual alumbran su ingenio y su inteligencia. La crítica tiene mas calma, porque su papel se limita solo á apreciar los trabajos de los inventores. Aunque estamos lejos de creer que Mr. Robert (apellido del inventor), ha llegado al último punto de lo posible, podemos á lo menos asegurar la escelencia relativa de su ingenioso procedimiento.

En las pruebas que hemos visto de retratos hechos del natural, las carnes son de una transparencia infinita, y recuerdan la manera de los pintores sobre marfil. Todos los tonos de la inmensa gama cromática se encuentran en ellos lo mismo que en la naturaleza, y el color, lejos de dañar á la regularidad de las líneas, las vivifica, contribuyendo así á la semejanza, que no deja despues nada que desear.

Los colores y el tejido de los vestidos aparecen con el prestigio de las mas bellas pinturas al óleo, y jamás la dulzura de los reflejos excluye el vigor de los colores principales.

Se ve, pues, por nuestro rápido juicio, que el procedimiento Robert es un descubrimiento y un verdadero progreso, y al consignarlo así, es un justo elogio y una primera recompensa que damos de todo corazón á este modesto é inteligente artista.

Tenemos el gusto de anunciar al público de Madrid, que el artista Mr. Robert, caballero de la orden de Isabel la Católica, inventor del procedimiento del cual nos ocupamos en estas líneas, pertenece como pintor á la casa fotográfica de los señores sucesores de Disderi, calle del Príncipe, núm. 14.

En la muestra de este establecimiento se ven varios de los retratos pintados por Mr. Robert, en medio de muchas de las pruebas fotográficas que tanto han acreditado dicho establecimiento en esta corte y en el extranjero.

RUINAS.

No voy á hablar de las ruinas de Roma, que no he visto, y que quisiera ver, ni de las de Pompeya ó Herculano, con que he soñado muchas veces, vengándose así mi imaginación de la mala suerte que no me ha permitido contemplarlas realmente.

Pero aunque así no fuera, ¿qué iria yo á decir sobre esos antiguos y magestuosos restos, despues que nos han descrito con el lenguaje de la mas bella poesía tantos genios ilustres?

Tambien existen ruinas vivientes que arrastran en pos de sí un mundo de gloriosos y tristes recuerdos, y que aparecen tan aisladas en medio de los hombres nuevos como si bogasen sobre las olas misteriosas de mares desconocidos, ó habitasen en medio de los yermos de la Tebaida.

Respirando una atmósfera propia, que parece rodearle, como una muralla impenetrable á los ojos profanos, habitan un mundo ignorado de todos, y mien-

tras las modernas gentes se rien de su apariencia carcomida y haraposa, y de aquellos usos ya perdidos, que ellas guardan cuidadosamente como un precioso tesoro; mientras las personas sensatas y cuerdas, murmuran sin duda con intencion moralizadora, de las rarezas y escentricidades de esos entes que vienen á mezclarse entre ellas como una tela sucia entre sus ropas domingueras, esas pobres ruinas vivientes si guen imperturbables su marcha por el derrotero de la vida, dejando aun despues que se han estinguido un eterno recuerdo, que si bien hace asomar comunmente una sonrisa á los labios, conserva en el fondo algo que conmueve dolorosamente el corazón.

Yo voy á hablar de alguna de estas ruinas.

En cierta pequeña, pero hermosísima villa, en la cual desde tiempos antediluvianos toda la gente es de *genio*; en aquella villa, en donde el que allí vejeta, es siempre bautizado con la sangre de su propio martirio, y cuya raza primitiva á juzgar por su característica y singular audacia, que no hubiera desdenado para alguno de sus golpes de mano el mismo Napoleon Bonaparte, debe ser diferente á no dudarlo del resto de la provincia; allí existían á principios de este siglo, varias ruinas vivientes que vagaban por entre aquella atmósfera densa y caliginosa, como astros errantes y perdidos lejos de su órbita.

La primera de estas ruinas, era una anciana y solterona señora, rama caída de una casa ilustre á quien las adversidades y la mudanza de los tiempos, habian dejado únicamente el recuerdo de sus glorias, sus piedras de armas, y las pocas fanegas de tierra que pueden constituir apenas un vínculo mezquino.

Percibía la noble dama por los alimentos que la correspondían, cuarenta y un reales al mes, una taza de manteca al año, una gallina y un ferrado de lentejas. Ella hubiera podido vivir cómodamente al lado de su hermano mayor, heredero principal que tenia un buen sueldo por el ejército, y que le ofrecía con una bondad y cariño paternales, un lugar preferente en su casa. Pero la noble señora profesaba ciertas ideas de independencia individual que nadie hubiera podido modificar, y que en honor de la verdad conceptuaba amenazadas al lado de una cuñada y varios sobrinos, por lo cual rehusó heroicamente, aunque cariñosa y agradecida, la hospitalidad con que se le brindaba prefiriendo su taza de manteca, su gallina, sus cuarenta y un reales al mes y su ferrado de lentejas.

De este modo, sola y á sus anchas, vivía en amable concordia, con un enorme gato verdaderamente aristocrático, gordo, inteligente, pulido, de pelo brillante, de grandes ojazos amarillos, de larga cola, y que se llamaba Florindo.

Gato alguno se ha visto jamás bautizado con un nombre mas armonioso, pero el buen Florindo merecía ser de este modo distinguido, porque segun cuentan las crónicas era una verdadera maravilla en su especie, era todo lo que se dice un gracioso gato que quería mucho á su dueña, y hasta le hacia mimos cuando aquella le daba *chulas*, ó sea huevo frito, á lo que era muy aficionado, aun cuando á decir verdad le agradaba mas una sardina fresca y sin otro adovo que el que habia traído del mar. No era, pues, de extrañar que la noble dama prefiriese aquel amigo fiel á toda otra compañía.

De la amistad íntima con las criaturas de nuestra especie, suelen comunmente sacarse lágrimas y pesares, y todo lo peor que podia acontecerle á la buena señora con el compañero que habia elegido, era recibir algunos arañazos que solía curar con bálsamo reservado y cuidado en un tiesto para el efecto, aun cuando pocas veces tenia que recurrir á él, pues Florindo era el gato mas leal, mas amable y bien educado del mundo.

Como estuviese bien harto, era todo lo que se dice un moro de paz, dispuesto siempre á cazar moscas y ratones, á hacer cabriolas, y á jugar y volver una maraña el ovillo de la calceta de su dueña, y esta noble anciana, encantada de tantas maravillas. ¡Sábalo Dios! muchas veces pasaba sin comer por darle al animalito.

La segunda ruina, era un comerciante que, poderoso en otros dias, habia ido descendiendo rápidamente á la miseria por sus incesantes prodigalidades, y que mantenido de limosna por un antiguo criado suyo, vivía á la sazón en una especie de ratonera aboardillada, en donde solía pasar las horas filosofando tranquilamente, como si se hallase todavía en sus salones cubiertos de alfombra y de espejos de Venecia.

El pobre hombre, miserable hasta el último extremo, soñaba todavía con derrochar grandes tesoros, á la manera que el avaro sueña con encerrarlos bajo cien llaves; se imaginaba que sus arcas estaban llenas, y que el pueblo apiñado en torno de su puerta recogía henchido de alegría las monedas y las golosinas que él les arrojaba desde las altas galerías de su hermoso palacio.

En los primeros dias de su miseria, cuando despojado de todo, él, que habia poseído una inmensa fortuna, se vió precisado á aceptar la hospitalidad que le habia ofrecido su criado, no pudiendo persuadirse de que las riquezas le habian cerrado su mina inagotable, cuando veía que algun pobre se acercaba á pedir, que

el niño del labrador no tenia cuartos para llevar á la romería, ó que la lavandera traía la cofia rota, sin acordarse de que el oro que tenia delante ya no era suyo, echaba la mano sin recelo y repartía lo que le parecia oportuno para remediar los males del prójimo.

El criado pudo notar bien pronto que sus caudales disminuían, y no tardó en conocer la causa, así acercándose un día al que habia sido su amo, le dijo con el mayor respeto, salvo el enojo involuntario que hinchaba sus narices:

—Señor, yo bien quisiera poder poner á su disposición todas las riquezas de cierto hombre de la antigüedad, que segun cuentan se llamaba *Queso* y era el mas poderoso que se ha conocido, mas empiezo mi vida todavía todo lo he ganado y lo gano á costa de mi sudor, y por eso le tomo á cuanto poseo un cariño paternal. Sí, señor; quiero al último clavo que hay en mi casa, y me duele desperdiciarlo, cuando pienso que solo á costa de mi trabajo lo he comprado y he podido poner una llave á mi puerta para guardarlo y decir sin miedo: «clavo, eres mio.» Así, señor, usted sabe muy bien que mi fortuna tuvo principio á su lado...

—¡Y tanto que lo sé!

—Y que por lo mismo, me creo en el deber de poner cuanto tengo á su disposición.

—Es justo.

—Pero entendámonos; usted no es el vecino, ni la lavandera, ni el hijo del carretero, que quiere rosquillas, cuando puede llenar el vientre con *borona* y con cerezas.

—Y si se los dan con pichones, pasteles y confites como el mas pintado, porque tiene boca y paladar como los demás y un magnífico apetito que muchos envidiarían. ¿Pero á dónde vas á parar con lo de *Queso*, el clavo y el hijo del carretero?

—Voy á parar, señor, y usted me perdonará tanta franqueza, á que si el hijo del carretero quiere pasteles y rosquillas que los coma en buen hora hasta reventar, pero no con mi dinero.

—¡Ah!!! Como que me habia olvidado de que *era* tu dinero! Te advertiré, pues, que sino quieres que el hijo del carretero coma confites echés la llave á tu dinero, porque si así no lo haces, en verdad te digo que me olvidaré de que *es tuyo*. ¡Y hé aquí cómo te vas haciendo avaro! ¿No sabes, Juan, que has de morir? ¿Y entonces te llevarás tu fortuna dentro de la mortaja? No, tonto, que se lo comerán tus herederos, á hurtadillas, como el gato come lo que ha robado, y llamarán despues á sus perros para que aprovechen las migajitas por temor á que el pobre que muere de hambre á su puerta, pueda llevarse alguna.

El criado, que no pensaba del mismo modo que el que fuera su amo, echó desde aquel dia la llave á sus cajones, mientras don Braulio resignado con su suerte proseguía aconsejando á todo el mundo, que se apresurasen á quitar el dinero de las gabetas y á emplearlo tan generosamente como él lo habia empleado, pues en esto consistía el verdadero placer del hombre y la verdadera filosofía.

—¿Para andar mendingando como usted anda ahora? le respondían.

—Y no me arrepiento, contestaba sereno é impassible. ¿Querrias acaso que me dejase sorprender por la muerte en medio de las riquezas? Seria ciertamente un chasco del diablo. Nada de eso. Es preciso aprovecharse de los buenos dias que Dios nos da, y gozar plenamente de las riquezas en el vigor de la juventud cuando el corazón es susceptible de todas las acciones generosas y de las emociones mas veementes que produce el hacer bien. Repartir entonces lo que tenemos con los que nada tienen, dar de beber al sediento, dar de comer al hambriento, vestir al desnudo, hacer pasar, en fin, algunos momentos de felicidad á los desgraciados que arrastran una vida de privaciones y tormentos, hé aquí la gran mision del rico en sus buenos dias, cuando el cuerpo lleno de salud y de vigor, y ardoroso el espíritu, no desconfía nunca ni de Dios ni del porvenir. Yo creo haber hecho todo esto con tiempo y oportunidad, y espero tranquilo y resignado la muerte. ¿Y tú, avaro, que escondes tus tesoros en las entrañas de la tierra, gritaba entonces con voz estentórea, tú aguardas la muerte con la misma serenidad que yo? ¿qué has de aguardar! La temes como á un ladrón que te lo ha de arrebatarse todo, hasta el pellejo. ¡Viva, pues, Braulio que ha gastado cuanto tenia entre sus hermanos, y que no teme á la tumba, á semejanza de los pícaros que todo lo han ambicionado para sí. Dios es su juez, y Dios le salvará.

—Sí, «fiate en Dios y no corras,» le respondían con socarronería. Si no fuera por su antiguo criado, se parecería usted al que, habiéndose tumbado al raso, esperando en que la providencia que mantiene á los pájaros le mantendría á él, sintió despues de largas horas de confianza que una paloma se le habia ensuciado en la boca.

—¡Pobrecillos aquellos que no tienen fe! replicaba don Braulio. La providencia no cuida de los olgazanés, pero vela de continuo sobre el que alza su corazón á Dios, esperando ser salvo. Sabed que si mi criado no fuera, mi criado que cumple con un deber de conciencia, tendiendo ahora la mano, á quien en otro tiempo se la ha tendido, no me hubieran negado un pedazo de



Muralla de lienzo y engrudo: modelo tradicional.



Corbata de escalera á abajo.



Balcon de suela á que se asomaban nuestros padres.



Tirilla de cola de pato: recomendable por la dignidad que presta al individuo.



Corbatin que trasforma al hombre en autómatas.



Cuello que acaricia la astucia.

pan, en cada puerta, así como yo no lo he negado á los que se han acercado á la mia.—Dios es siempre justo.

Tal era don Braulio, noble ruina que habia gastado su inmensa fortuna con aquel pueblo miserable que ahora se reia de su miseria, pues si bien es infalible, que Dios es infinitamente misericordioso, no puede negarse que el hombre es el ser mas ingrato de todos los seres.

La tercera ruina era un jóven alto, delgado, rubio

como el oro, de nariz acaballada como el hidalgo de la Mancha, de cabellera blonda y de barba luenga y rizada á lo antiguo trovador. Pudiera decirse un caballero del siglo XVII, arrancado de su tumba. Habitaba con su madre, ya anciana, una miserable barraca á orillas del rio, y descendia en línea recta de una de las principales familias de aquellos contornos. Se murmuraba muy recio que le habia sido injustamente arrebatada la fortuna que debia heredar de su padre, y mientras vivia sumido en la indignencia, al lado de su anciana

madre, veia levantarse á lo lejos hermosa y risueña entre los bosques y las praderas que la circundan al casa de sus antepasados que habitaban, sus infames usurpadores, cuanto ricos, vanos, torpes y llenos de un necio orgullo, que hacia mirasen á su pobre pariente por encima del hombro, cuando pasaban á su lado.

(Se continuará).

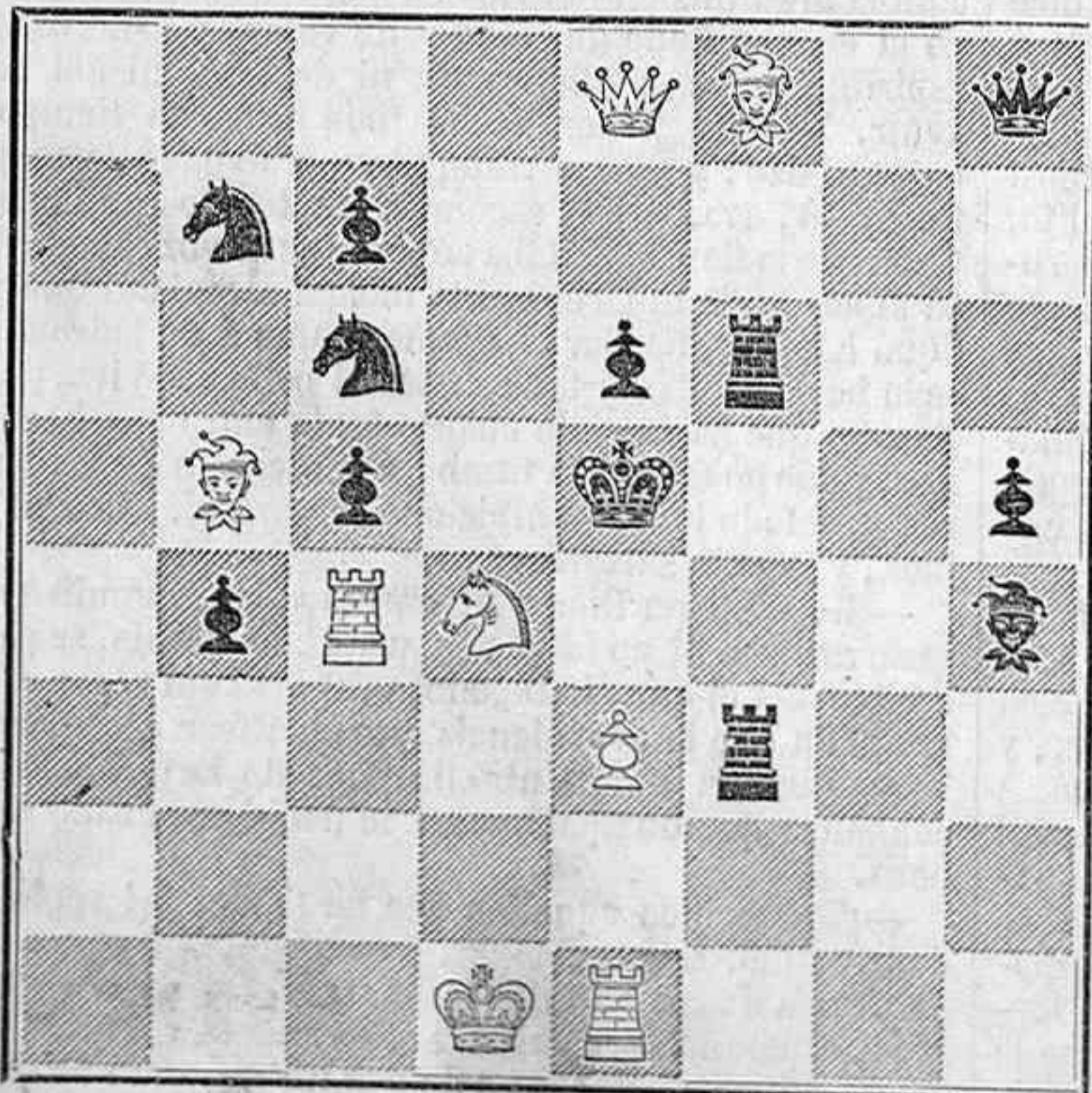
ROSALÍA CASTRO DE MURGUIA.

JUEGO DEL AJEDREZ.

PROBLEMA NUM. 46.

COMPUESTO POR DOM M. ZAMORA (DE ALMERIA).

NEGROS.



BLANCOS.

LOS BLANCOS DAN MATE EN TRES JUGADAS.

SOLUCION DEL PROBLEMA NUM. XXIII.

Blancos.

- 1.ª D8TR.
- 2.ª D1T
- 3.ª C4D
- 4.ª R5TD
- 5.ª C3CD jaq. mate.

Negros.

- 1.ª TtA jaq.
- 2.ª AtD
- 5.ª P7AR
- 4.ª Libre.

Soluciones exactas.—Señores B. V. Garcés, J. Iglesias, J. Diaz, M. Rodriguez, de Madrid.—M. Zamora, de Almería.

SOLUCION DEL PROBLEMA NUM. 45.

- 1.ª C5TD jaq.
- 2.ª DcAD jaq.
- 5.ª D5AD jaq.
- 4.ª A7R jaq. mate.

(A)

- 2.ª D5AD jaq.
- 5.ª A7R jaq. mate.

- 1.ª R6AD (A)
- 2.ª R5CD
- 5.ª R1D

- 1.ª R5CD
- 2.ª R1D

Soluciones exactas.—Café nuevo del Siglo.—Señores G. Dominguez, J. Oller, C. Valdespino, E. Castro, R. Sirera, B. Garcés, R. Canedo, J. Alba, J. Gonzalez, de Madrid.—M. Zamora, de Almería.

PROBLEMA NUM. XXIV.

COMPUESTO POR D. V. M. CARVAJAL.

- R2AD
- C4CD

- RSTD
- P5TD

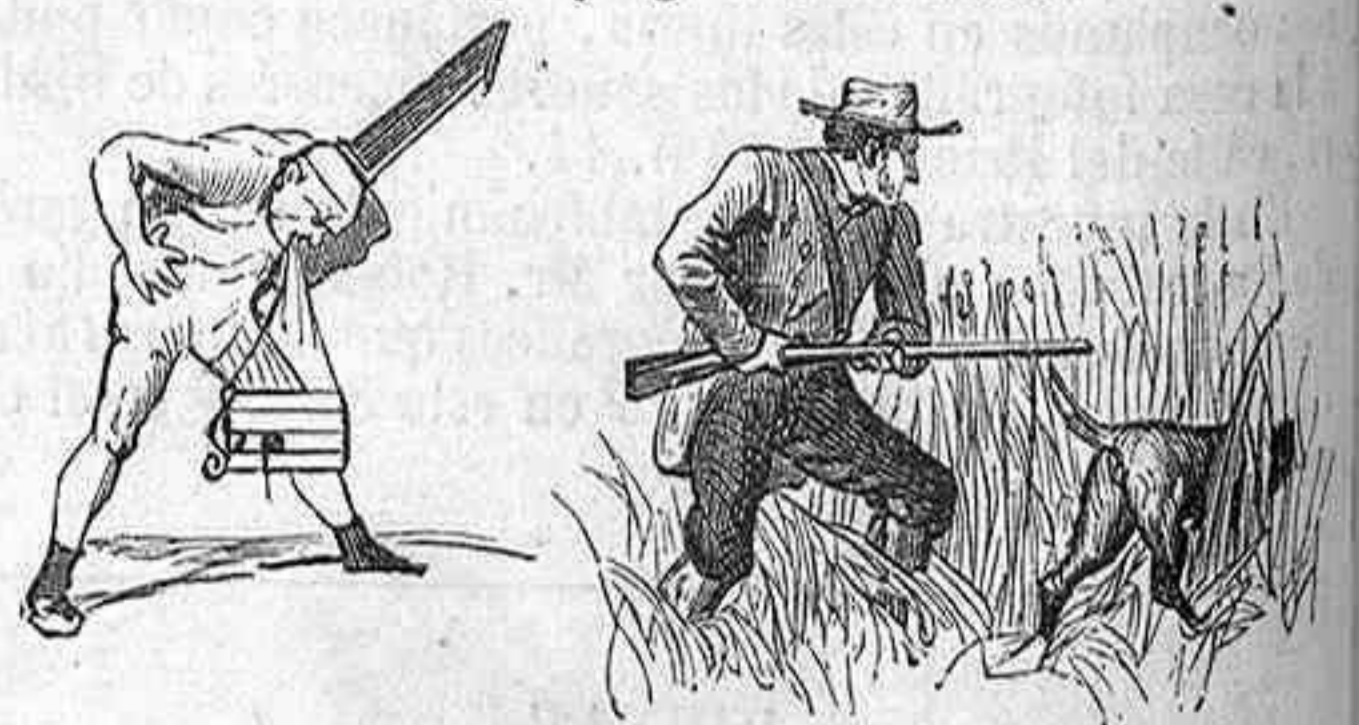
Los blancos dan mate en siete jugadas.

Solucion de los problemas 45 y XXII.—J. Romero, de Valladolid.

GEOGLIFICO.

SOLUCION DEL ANTERIOR.

Tiempo tras tiempo y agua tras viento.



Yo T



La solucion de éste en el próximo número.

DIRECTOR Y EDITOR RESPONSABLE, D. JOSE GASPARD. IMPRENTA DE GASPARD Y ROIG, EDITORES: MADRID, PRINCIPE, 4.

1 levantó los ojos y con la mano...